

VISIÓN GEOPOLÍTICA DEL MUNDO EN 1492

Mario Arnello Romo

INTRODUCCIÓN

NO es posible suponer que los dirigentes de los reinos del siglo xv, Estados nacientes en un concepto de nación todavía históricamente indeterminado, sometidos a las presiones, necesidades y contiendas de ese tiempo, tuviesen una visión de la política y de los objetivos propios y ajenos, fundada en valorizaciones y asertos de una ciencia que ignoraban, que no existía ni había sido aún formulada y cuyos descubrimientos y alumbramientos habrían de venir siglos más tarde.

Pero, en cambio, no es imposible intentar desentrañar la lógica, la racionalidad y la consistencia que, en conformidad al saber de esta ciencia posterior, tuvieron las políticas, los objetivos nacionales y las estrategias de esos reinos de aquel tiempo histórico, o —por el contrario— reseñar las contradicciones y las inconsecuencias que marcan sus miopías o sus errores.

Con todo, más que juzgar, que aprobar o reprobar hechos y actuaciones históricas, interesa intentar descubrir —primero— y describir —después— lo que puede ser considerado como una visión o comprensión del mundo en el tiempo analizado —fines del siglo xv— acorde a los principios y a la ciencia geopolítica.

Sabemos, y lo confesamos de antemano, que la mayor limitación de este análisis reside en la muy marcada orientación que tiene que ser hecha desde dentro de la visión, de la cultura y del conocimiento de Occidente.

Pero, también en descargo de este defecto, debemos señalar que ello coincide con el gran impulso histórico que lleva a Occidente —naciones, Imperios y cultura— a expandirse por el orbe y entrar a influir decisivamente en todos los continentes e iniciar un proceso de dominación mundial que se extendió por cinco siglos.

La visión del destino de la nación propia —de ese "ser nación" que vino a asumir el mismo espíritu que ha nutrido siempre, desde hace milenios, con tanta fuerza, con tanta ambición y ansia, la aspiración gregaria del hombre, la voluntad de trascendencia, de dominio y de horizontes perdurables— se forja al unísono con la comprensión del significado de geografía. El poder que abren los espacios, los desafíos que crean las potencialidades que encierran. El "poder ser" de la nación no está en las estrellas... está en la geografía, que marca y dibuja un destino deseable y posible para un pueblo, y en él mismo.

La exigencia es ser visionario, es decir, entender lo que escriben las distancias planetarias, para superar con visión e inteligencia los horizontes comarcanos y también, entonces, tener carácter y entereza, la voluntad de ser duros, constantes, persistentes y tenaces, para crear la historia.

La visión del destino nacional, síntesis de geografía e historia, trae aparejada como consecuencia, al mismo tiempo que estas percepciones superiores, la visión del mundo compatible para el afán aserido del pueblo imperial.

El "ser nación" en el espacio y en el tiempo propio, capaz de perdurar frente a sus desafíos, suele otorgar al pueblo que tiene una conciencia el don de entender las fuerzas y los secretos de la historia del universo.

Así ha sido construida la realidad de la historia, a través de los milenios. Marca los ascensos, las dominaciones de los pueblos, de Imperios y las formas superiores de sus culturas...y también sus declinaciones, ocasos y sus muertes.

Y entre las partes de esa historia, iluminando desafíos y consecuencias trascendentes para tantos pueblos y naciones, Imperios y culturas, están los relámpagos del genio individual del hombre, el eco retumbante de una ínfima minoría de resueltos y la fuerza del espíritu que trasciende el misterio de la oscuridad y de lo desconocido.

Esto es —relámpago y espacios, geografía e historia, espíritu e institución, trascendencia y destino— el descubrimiento del 12 de octubre de 1492, que iba a cambiar la visión del mundo y la magnitud de los espacios abiertos a la dominación del hombre.

REALIDAD GEOPOLÍTICA

El mundo conocido a fines del siglo xv, tanto para los reinos de Occidente como para los pueblos de grandes culturas asiáticas o islámicas, era la inmensa extensión de la gran isla continente euroasiática, además de las tierras africanas septentrionales, alledañas a los litorales del Mediterráneo, el mar Rojo y a puntos cercanos al estrecho de Gibraltar en su litoral del Atlántico y el estrecho de Adén en su litoral del Indico. Más al sur, desiertos y montañas y tras éstos selvas densas aislaban por entero a lo desconocido.

Apenas, escasamente, difíciles y restringidas relaciones comerciales, narraciones de viajeros excepcionales, conocimientos ancestrales repetidos tantas veces en forma de leyendas, tradiciones orales —deformadas por la repetición y la distancia— permitían vislumbrar la dimensión de ese orbe ignoto, inalcanzable, y las formas culturales que sus pueblos tenían.

Marco Polo, en el siglo xiii, había vivido en el lejano Catay, conocido Cipango, navegado por los reinos del Asia del sur y por sus islas, viajado por la India misteriosa y, finalmente, regresado por las tierras de milenarias culturas del Oriente Medio a su natal Venecia. Sus narraciones —y las copias, repetidas— eran la base del conocimiento.

Los reinos europeos y cristianos tenían conciencia de sí mismos, de su cultura y de su universo propio. Sabían de ese otro mundo lejano, habían sufrido a través de siglos ocasionales invasiones de sus hordas guerreras y sufrían la presencia dominante y la amenaza todavía viva y acuciante del poder islámico, instalado en medio de estos dos mundos.

De manera que, desde este punto de vista, se puede considerar como realidad macrogeopolítica de fines del siglo xv la de orbe euroasiático-norafricano, circunscrito aun cuadrante entre el Atlántico y los mares de Catay, Cipango y la India, entre los hielos árticos y los desiertos africanos, y apenas avanzando hacia las tórridas costas desérticas en el Atlántico o de la Somalia en el Indico.

Ese orbe, esencialmente terrestre y sólo literalmente marino, estaba dividido en tres partes: El mundo europeo y cristiano, el mundo asiático y lejano y la cuña expansiva del Islam

El mundo europeo y cristiano

En esta parte, la cristiandad salía ya de la concepción medieval que había valorado prioritariamente la unidad religiosa, la cual, junto a raíces latinas, motivó todas las variantes culturales en sus diferentes pueblos. En ese tiempo sufría un doble fenómeno de ruptura: Las tensiones del afán de afirmación nacional de los diversos reinos y el impulso renacentista

e individualista en el espíritu de sus príncipes, intelectuales, artistas, políticos y, aun, religiosos.

En los reinos más avanzados eran forjados recientes Estados nacionales, cuyos objetivos primarios los movían a acrecentar su poderío, a dominar a otros y a requerir de más riquezas para alcanzar tales fines. Por ende, abrir posibilidades de intercambio y de comercio con la otra parte del orbe.

Era el caso excepcional y nítido el reino de España, que se forjaba en la unión matrimonial de Isabel y Fernando, los Reyes católicos, que unían las coronas de Castilla y León con la de Aragón, que dominaban las tierras de casi todas la península ibérica, tras destruir el último reino moro e influían fuertemente en Italia.

Junto al Atlántico, porfiando por su independencia y por su propia trascendencia nacional, Portugal confiaba su destino en su paciente y visionaria política de navegación por la costa africana.

También era el caso del reino de Francia, con un proceso de unificación nacional iniciado por la inspiración de Juana de Arco y ya avanzado, no obstante la persistencia de actitudes independentistas y resabios feudales de algunos grandes ducados.

Asimismo, lo era del reino de Inglaterra, rechazado del continente y todavía sacudido de feudalismo y de luchas difíciles en su isla y en Irlanda.

Como una realidad distinta, porque precisamente podría haber marcado las profundas diferencias que tenía con respecto a los nacientes Estados nacionales, aún brillaba el Imperio Romano-Germánico, cúpula del sistema temporal monárquico de Europa pero, a la vez, expresión de un poder internacional más formal e intencional que efectivo y, sin duda, ajeno a las nuevas fuerzas políticas e históricas emergentes.

En el resto de Europa, con distinta claridad y fortuna, eran disueltos reinos, principados, pueblos y, tal vez, incipientes naciones, enfrentando los grandes desafíos que su tiempo y su geografía les traían.

En el este, el Gran Principado de Moscú, bajo el Zar de todas las Rusias, Iván III el Grande, formaba a sangre y fuego un Imperio que ocupaba las grandes llanuras al oeste de los Urales y de las estepas ignotas al sur de los hielos árticos, dominando o chocando con otros pueblos eslavos, como el Principado de Lituania y con Polonia, y luchando contra tártaros y mongoles, con el Kanato de la Horda de Oro y el Kanato de Kazan.

En la gran península de los Balcanes diversos pueblos eslavos, los búlgaros, los griegos y los valaco-rumanos, sufrían el yugo de los turcos otomanos; sólo resistían en una porfiada lucha los húngaros, los croatas y el creciente poder unificador de los Habsburgo, creando desde Austria un nuevo Imperio.

En Italia, por el contrario, nada anunciaba allí a un Estado nacional. Italia era, en tantos aspectos, el más avanzado exponente de la cultura occidental cristiana. Allí brillaba no sólo el vigor de las raíces potentes del mundo romano persistentes en el latín y en el derecho, sino que era también la cuna del renacimiento, tanto en el despertar del arte, de la ciencia, de la revisión de las formas culturales y de la vida social misma, y muy especialmente en la creación y desarrollo de las ideas políticas. En ninguna parte se pensaba y escribía como allí, con tanta profundidad y visión, sobre la esencia y fines del Estado moderno. Pero, no obstante, Italia estaba más lejos que ninguna otra nación europea de la creación de un Estado nacional.

Dividida en principados y en grandes ciudades Estado navegantes y comerciantes que dominaban el Mediterráneo y el comercio con Oriente, la península itálica estaba sometida a las presiones simultáneas o contrapuestas del Imperio Romano-Germánico y del Papado.

Desde hacía siglos Italia anticipaba —en una escala menor— el desenvolvimiento posterior de Europa.

En este siglo xv, el prodigio cultural y político que fue Lorenzo de Médicis logró consagrar el principio primero de un orden internaciones, con la Paz de Lodi (1454). La política de equilibrio que estableció —basada en la idea de que "me parece mejor un acuerdo común que una buena guerra"— pudo asegurar cuarenta años de paz en Italia. Ya muerto Lorenzo, la paz fue rota por los intereses de Estados extranjeros en dominar la histórica península.

El mundo asiático y lejano

Para los pueblos europeos y para sus hombres más cultos e informados, el mundo asiático y lejano, Catay (China), Cipango (Japón), la India milenaria, eran escasamente algo más que hombres envueltos en la bruma de lo ignoto y lo misterioso. Las narraciones de Marco Polo daban testimonio de su vida y viajes en aquellos grandes reinos en el siglo xiii El comercio de Venecia y Génova traía, desde los puertos del Levante del Mediterráneo, los ricos productos orientales: La seda, que completaba así su prodigiosa ruta milenaria; las especias, el incienso... y con ellas las leyendas y cuentos fantásticos. La historia de Alejandro el Magno traía las evocaciones desde sus gigantescas batallas con el Rey Porto, por dominar el valle ancestral del Indo.

Pero no se sabía más, sino apenas ese poco de la otra mitad del orbe conocido.

La realidad de la gran Asia, en el siglo xv, era muy diferente.

En Catay hubo cambios desde los años de Marco Polo. El poder lo detentaban ahora los mandarines. La dinastía china creada por el monje budista Chu Yuan-Chang en 1368, al derrocar al último Emperador mongol, había sido consolidada. El Emperador Yung-Lo (1403-1424) había conquistado e incorporado la Manchuria, la Mongolia y la Indochina, instalado su capital en Pekín y construido su palacio amurallado, la Ciudad Prohibida, para defender el corazón de su vasto Imperio. Su vieja cultura y el influjo del laoísmo y de Confucio siguió dominando en el pueblo de ese pobladísimo e inmenso territorio.

En Cipango, los largos dos siglos del Shogunato de los Ashikaga culminaban enfrentados en duras guerras civiles. Fue iniciada la formación de la casta de los samurai y el rigor del ideal del Bushido. Aquí sí dominó el budismo y, aún con las acentuaciones propias del shintoísmo, ambos contribuyeron a la formación de un nítido carácter nacional. Las jerarquías de valores propias de esta nación marcaron su cultura y su identidad nacional histórica. La India, profundamente dividida, enfrentaba desde hacía cuatro siglos a musulmanes y a príncipes indios. El Islam predominó desde el Indo al Ganges, toda la mitad norte de la gigantesca península, donde formó el sultanato de Delhi, hasta sufrir su destrucción (siglo xiv) por la invasión de Temur Leng el Cojo, Tamerlán para Occidente. Los musulmanes formaron el reino independiente Bahmani, que escapó a esta destrucción pero fue desmembrado en 1490. En el sur se fortaleció el reino hindú de Vijayanagar, que sostuvo guerras continuas contra Bahmani durante todo el siglo, hasta el desmembramiento de su enemigo.

Innumerables otros reinos, con siglos de larga tradición e historia, Korea, Manchuria, Siam, Ceilán, Cambodia, merecerían especial mención junto a reinos y sultanatos que se

esparcían por los espacios del sudeste asiático y por los grandes archipiélagos. Ellos completaron un mundo propio, cuatro veces mayor que el de toda Europa, más poblado y de culturas más antiguas y decantadas que las europeas, también cerrado en sí mismo y que sólo se relacionó con Occidente a través de la ruta de la seda o de las inestables y peligrosas rutas marítimas y costeras hacia Arabia y Persia, y luego a través del Mediterráneo.

La cuña expansiva del Islam

Entre ambos mundos, el europeo—romano-germánico y sus vecinos eslavos y bizantinos—y el asiático—India, Catay, Cipango y otros— durante ocho siglos había sido introducida la cuña expansiva, guerrera y dominante del Islam.

Junto a la expansión de su dominación política y guerrera iba pareja la de su religión y su cultura. A veces, éstas, con su vigor, superaban a aquéllas y perduraban incluso después de que ya había desaparecido el poder de los jefes o sultanes impuestos.

Diferentes pueblos y distintas razas musulmanas compartieron o se sucedieron en los ocho siglos transcurridos. Árabes, berberiscos, moros, seldyúcidas, ayyúbies, mamelucos y turcos, fueron expandiendo el poderío del Islam. Surgido en los desiertos, montañas y valles del Oriente Medio —núcleos forjados entre el rincón oriental del Mediterráneo, el mar Rojo, el océano Indico, el mar Negro y el mar Caspio— el Islam se extendió desde el Atlántico en la península ibérica y el norte de África hasta más allá de la India.

En el siglo xv el turno histórico del gran poderío del Islam lo había reasumido el Imperio Turco-Otomano.

Los otomanos —una rama de los turcomanos— empujados por los tártaros hacia el Asia Menor, a lo largo de tres siglos fueron consolidando su poderío y buscando expandir su dominio a los Balcanes, por el oeste, al Cáucaso por el norte y hacia los pueblos árabes por el sur.

Su expansión fue bruscamente detenida y su poderío destruido —en el último tercio del siglo xv— por el rayo fulgurante de Tamerlán.

El gran guerrero turco Kesh, desde su natal Samarcanda, surgió con sus invencibles ejércitos y destrozó ejércitos y reinos desde el Egeo al Ganges, proclamándose a sí mismo Rey de Transoxiana y sucesor de Gengis Khan. La lista de sus conquistas asombra: Khawaresca, Horda de Oro, Persia, Irak, Armenia, el Sultanato de Delhi, Siria y Asia Menor. En 1405, Tamerlán preparaba su gran ejército para conquistar Catay... cuando murió. Y con su muerte fue deshecho también su fugaz reino.

El espacio vacío que dejó ese poderío, desaparecido con la misma rapidez con que apareció, volvió a ser llenado —en su mayor parte— por los otomanos, precisamente en el siglo xv y en los siguientes.

Es en 1453 que los turco-otomanos marcaron su entrada grande en la historia, al conquistar Constantinopla y dar muerte para siempre al Imperio de Bizancio. Desde entonces son los amos poderosos del Oriente del Mediterráneo. Abrieron un camino al dominio de los Balcanes y amenazan el corazón de Europa.

SIGNIFICADO GEOPOLITICO

Europa cercada

Europa estaba cercada por su propia geografía, sus limitaciones culturales y tecnológicas y por el Islam, poderoso y agresivo.

Al norte la cercaban los hielos árticos y las heladas estepas rusas, al sur los desiertos áridos del norte africano y al poniente la desconocida mar tenebrosa del océano Atlántico. Por el oriente, el Imperio Turco-Otomano imponía la ley y sus intereses imperiales.

Esta realidad, sumada a las tradiciones históricas de los pueblos europeos, elevaron a la categoría de grandes imperativos los objetivos de los reinos y ciudades-Estado, objetivos que hoy llamaríamos geopolíticos.

Un objetivo permanente, valorizado en todos los reinos e incluso en el Papado, era elegir al Emperador del Imperio Romano-Germánico, para influir sobre él. Ese cargo, más allá de su poder real, significaba controlar la gran llanura central europea, al norte del Rin y del Danubio. Desde la Antigüedad había sido ruta para todas las invasiones del Imperio Romano y desde la Edad Media su vigoroso desarrollo había sido un factor de poder decisivo en Europa. Adicionalmente, en los inquietos años del siglo X, el espacio germánico fue esencial para los propósitos de impedir las amenazas del este... ruta de invasión de pueblos asiáticos o de otros bárbaros... y para presionar a los reinos cristianos y enfrentar la amenaza islámica, vigorosamente representada por los otomanos.

Otro objetivo permanente, comprendido profundamente tanto por las ciudades-Estado italianas, Venecia y Génova, como también por Cataluña, fue sostener las posesiones marítimas e insulares que aseguraban el control de la navegación comercial del Mediterráneo y de sus mares interiores. La amenaza del imperialismo turco-otomano a ese comercio y al control del Mediterráneo generó otro punto geopolíticamente sensible de la realidad europea del siglo XV.

Un tercer objetivo, permanentemente sentido en los pueblos-naciones germánicas desde el lejano siglo V, fue la dominación de Italia. La atracción de la cuna de la civilización romana y su importantísima posición geopolítica en el Mediterráneo, su cultura y el prestigio que daba su dominio siguió siendo, muchos siglos después de su conquista por Carlomagno, un fuerte incentivo para intentar controlarla. A medida que eran levantados los nuevos Estados nacionales, en Francia y en España, ambos intentaron dominar Italia, añadiendo tensiones a las ya tradicionales presiones del Imperio Romano-Germánico y del Papado, sobre los principados y ciudades-Estado de la península.

Una cuarta realidad geopolítica europea, en ese tiempo, fue la que marcó los propósitos integradores y funcionales de los nacientes Estados nacionales. La valoración del espacio geográfico natural para conformar España, o Francia, o Inglaterra, con un sentido de unidad y de exclusividad, de poder único y centralizado y con la voluntad de acrecentar su poderío más allá de sus fronteras, pasaron a configurar también nítidos objetivos geopolíticos de ese tiempo.

Una quinta realidad geopolítica, visionaria por muchos conceptos, fue la que fueron construyendo paciente y tesoneramente los Habsburgo en torno a Austria y a Hungría, y con claras tendencias a crear un poder central en el centro-sudeste de Europa. El gran objetivo geopolítico que trasuntó su creación histórica fue crear en torno al Imperio un poder capaz de unificar a los pueblos germanos, húngaros y eslavos del centro de Europa y del norte de los Balcanes, de oponerse a las invasiones de bárbaros desde las estepas rusas y a las amenazas del Islam, en ese tiempo desde Turquía.

La sexta y última realidad geopolítica, aunque rudimentaria, apuntaba ya en la voluntad imperial del Zar de todas las Rusias, en su invocada pretensión de constituir la Tercera Roma. La visión implícita de este poder, manifestado desde el inicio de su expansión con la lucha contra Lituania y Polonia hacia el oeste y en sus constantes esfuerzos por avanzar hacia el

sur, ha sido siempre dominar la gran llanura europea al oeste de los Urales y proyectarse hacia el centro de Europa y hacia los Balcanes.

Desconocida en ese entonces, ignorada y no valorada por los otros reinos, sin embargo existía y se desarrollaba lenta y pacientemente la visionaria acción navegante de Portugal por el litoral africano. Sin duda, era la única visión geopolítica verdaderamente nueva en el revolucionario siglo xv. Don Enrique el Navegante la sostuvo y trató de asegurar el monopolio para Portugal, obteniendo del Papa Calixto III (1456) la primera bula que así lo reconoce. Ya con este título seguro, avanzaron y dominaron punto por punto el litoral africano.

Por instinto nacional, por intuición visionaria, Isabel de Castilla, apenas instalada en su trono tras las victoriosas batallas de su causa, firmó con Portugal el Tratado de Alcacovas-Toledo (1481), en el que junto con su reconocimiento como Reina lo fue la soberanía de Castilla sobre las Canarias y su derecho a navegar y comerciar aun en África, al norte del cabo Bojador. Así, sin que existiera ningún proyecto al respecto, quedó abierta una posición geopolítica para el futuro de Castilla.

Asia detenida

Las declinaciones del poderío mongol en China y su reemplazo por una dinastía china sometida al feudalismo de los mandarines impidió que fueran reeditadas las oleadas invasoras de los invencibles guerreros de las estepas hacia Europa o la India. China sólo presionó, y como resultado invadió los territorios vecinos para asegurar sus fronteras. El gran Imperio vivió encerrado en sí mismo y en sus conflictos internos.

Tampoco Cipango buscó expandirse. Las guerras civiles interiores, en el afán de reemplazar a la familia que había detentado el Shogunato, lo mantenían encerrado en sus islas. Ningún interés ni esfuerzo alguno por relacionarse o proyectar su poderío más allá de los mares que protegían su territorio sagrado.

En el subcontinente indostánico tampoco se vivían tiempos de proyecciones más amplias que las de las guerras entre el reino indio y los sultanatos musulmanes, resultantes del desmembrado sultanato de Delhi. Su vasto espacio geopolítico permaneció inconsciente ignorado por sus pueblos, a la espera del destino.

Tan pocas líneas para un continente tan inmenso y vasto no marca un análisis muy superficial; son las conclusiones inevitables frente a la existencia de sociedades encerradas en sí mismas que, no obstante sus enormes poblaciones, extendidas en sus vastísimos territorios, no proyectaron ni concibieron ni desarrollaron las potencialidades que su realidad y su geografía estaban sugiriendo.

Cerco islámico

La ubicación estratégica del Imperio Otomano, dominante en el Asia Menor, conquistador de Constantinopla, único poder aglutinante y guerrero en el Medio Oriente con voluntad de trascendencia y de dominio imperial, le permitió cortar en dos partes el mundo conocido. Separar el Asia de Europa; dejar encerradas en sí mismas las inmensas masas asiáticas que barruntaban apenas un interés nacional trascendente más allá de sus fronteras; ser capaz de provocar la adhesión o la sumisión de los pueblos árabes y de otros pueblos a sus propios fines; a la vez, acrecentar su dominio y su poder en los Balcanes, como llave para presionar o dominar en la Europa central, fueron objetivos permanentes y válidos para este nuevo Imperio.

No obstante, al margen de la magnitud de la amenaza que configuró para la cristiandad y para Occidente la visión geopolítica del Imperio Otomano no fue nueva, ni fue distinta de la que durante ocho siglos sostuvo al Imperio Romano de Oriente. La única y fundamental diferencia entre ambas radicó en que mientras Bizancio vivió siglos tras siglos defendiendo y viendo reducirse sus fronteras y su influencia, el Imperio Otomano utilizó su posición como base para invadir otros pueblos y acrecentar sus dominios.

En efecto, si no extremamos la significación del asedio a Viena —siglos más tarde— o el creciente dominio en el Mediterráneo occidental —logrado con el apoyo de Francia— geopolíticamente el Imperio Turco-Otomano no representó más que la última expresión del Imperio de Bizancio; el afán de reeditar un poder imperial en el mismo espacio geográfico, aunque fuese con otra concepción religiosa, otra conformación social, otra agresividad y otra visión de la historia.

Pero por efecto de las circunstancias, como resultado de las fuerzas misteriosas que movieron la historia, el cerco musulmán que el Imperio Otomano y sus vasallos y aliados cerraron contra Europa, dentro de ésta germinó la visión y la estrategia —de la más profunda intuición geopolítica— para romper tal cerco usando otras dimensiones de la geografía y de la capacidad superior del hombre.

Fue la visión y la estrategia navegante que junto al litoral africano desarrolló Portugal para llegar a las Indias, rodeando el África desconocida ... Y será el milagro de la visión e inspiración de un hombre solitario, capaz de cambiar la historia del hombre, y la fe e intuición superior de la Reina de Castilla y de León, que le dio los medios para transformar al mundo.

VALORACIÓN DE LAS POSICIONES MARÍTIMAS EXTERIORES

El cerco musulmán, cada vez más fuerte en el Mediterráneo oriental, había destruido o inutilizado las posiciones marítimas interiores europeas que allí detentaban desde hacía siglos Venecia, Génova o Cataluña. Nada, ningún esfuerzo parecía capaz de vencerlo o debilitarlo, ni ninguna negociación lograba ablandarlo.

Dominado el corazón geopolítico de la Antigüedad —y, todavía, de la mente estereotipada de los hombres occidentales— por aquel enemigo implacable, era natural que fuesen valorizadas las posiciones marítimas exteriores de Europa.

El pequeño reino de la península Ibérica luchó porfiadamente por afirmar su independencia y su destino histórico nacional, tal como sus príncipes habían luchado por echar a los moros de su tierra lusitana. Habían heredado, en el secreto genético de las razas, inusuales condiciones de navegantes, adentrados desde hacía milenios, en un constante convivir con los mares costeros del tenebroso Mar Océano.

Poco a poco, a medida que los hombres construyeron barcos mejores y más grandes y que su aprendizaje en las ciencias de la navegación, en la brújula y la medición de la altura, en la cartografía y en la orientación por las estrellas se hizo más y más avanzado, la navegación soltaba velas y era capaz de adentrarse a mayores distancias y develar los horizontes arcanos.

Así, Portugal llegó a las Azores. Con pilotos italianos, Castilla pudo descubrir las islas Canarias. Y Portugal pudo insistir por la costa africana en lentas bordadas marineras, hasta alcanzar y sobrepasar el cabo Bojador. Desde allí, el rumbo sur, sureste, abrió esperanzas —todavía infundadas— de encontrar un paso hacia el mar de la India.

Es el instante en que un Príncipe providencial, don Enrique el Navegante, llegó a Portugal a fijar la orientación para su destino. Creó una escuela de navegantes, una política nacional de expansión marítima, una estrategia marítima de afirmación nacional y, podríamos decir, una visión geopolítica nueva: Tanto de valoración de las posiciones marítimas exteriores como de expansión territorial fundada en el dominio del mar y de las comunicaciones marítimas exclusivas.

Unas tras otras zarparon las naves siguiendo el litoral africano, bordando sus costas y avanzando hacia el sur. Así cruzaron el cabo Bojador, llegaron al golfo de Guinea, descubrieron islas fundamentales para la navegación de regreso por el interior de la Mar Océano, como las islas del cabo Verde; así tornaron a navegar hacia el sur, cada vez más al sur, cruzando litorales tórridos, desembocaduras de ríos gigantescos, cabos azotados por temporales y vientos sorprendidos; y la siempre inesperada e inconmensurable distancia.

La lenta navegación descubridora y el aprendizaje interminable y permanente duró más que la vida de su inspirador y visionario príncipe. Muerto don Enrique y en la agonía del siglo xv, una nao logró llegar al extremo austral de África, al cabo de las Tormentas, que luego bautizaron de Buena Esperanza, y descubrió la apertura hacia el este y el noreste.

Este es, tal vez, el instante en que la porfía lusitana por abrirse un destino navegante permitió que fuera valorada en su justa dimensión, en su rol geopolítico, la posición marítima exterior.

Estas posiciones, abiertas al océano sin límites o, podría decirse, abiertas hacia el infinito, son las que marcaron los horizontes nuevos de la imaginación nacional, o las del quehacer geopolítico, o de la creación renovadora de la historia.

EL GENIO DE COLON CAMBIO LA GEOGRAFÍA DEL MUNDO

Ha llegado el instante que la historia, en el misterio y sabiduría de los tiempos, tiene reservado al genio. Es el instante en que los ensueños, los esfuerzos y las visiones de un hombre desconocido y misterioso, tras navegar por los mares conocidos de Europa hasta la última Thule, escudriñando brumas y leyendas ancestrales, y por las islas y mares africanos, registrando atisbos, los rumores de las mareas y los silencios, y tras vagar por las cortes de toda Europa buscando visión y apoyo para sus ideas, encontró ambos en la mente misionera de la Reina Católica de Castilla y de León, Isabel.

Cristóbal Colón, enigmático, extranjero, desconocido y misterioso, atrayente en su alta figura y en la fuerza de convicción que transmitía su espíritu, abrió un mundo nuevo a la inteligencia y a la visión trascendente de la Reina.

Todo lo que planteó, de comienzo a fin, fue lo más nuevo propuesto jamás en la historia humana. Nuevo en la idea, en la concepción, en los caminos que habían de ser seguidos, en el uso de los medios y en el alcance que de ellos se esperaba obtener y en el resultado que había de ser alcanzado.

La Reina Isabel escuchó, atendió, meditó... y aceptó y se comprometió en la aventura. Pidió una sola cosa, junto con el acatamiento absoluto del interés nacional de su reino: El respeto irrestricto de la finalidad espiritual y religiosa de la cruzada marinera que ella apoyaba.

La genialidad de Colón consistió, esencialmente, en tres innovaciones históricas absolutas:

— Atreverse a desafiar la historia y la costumbre milenaria de la Humanidad, que siempre se movió a través de la tierra en espacios planos, para sostener que podía hacerlo rodeando la Tierra. Es decir, dirigiéndose al oeste para llegar al este.

— Atreverse a desafiar la Geografía ignota, las certezas de las ciencias de su tiempo, las tecnologías tan insuficientes, los instrumentos de navegación escasos y rudimentarios, el desconocimiento de las distancias, la absoluta orfandad de recursos y de alternativas y la incomunicación más absoluta.

— Lo más esencial y trascendente, atreverse a desafiar a la Mar Océano, en vez de navegar por las costas, a la vista del litoral, enfrentar al océano ignoto y navegar mar afuera hacia lo infinito. Fue la primera vez en la historia, a través de milenios de cultura, que el hombre entró navegando a cruzar el mar desconocido, sin referencias a tierras ni a orillas próximas, sino abierto al más allá...

A través de los cinco siglos posteriores a su gesta, ni los historiadores ni los pensadores ni los escritores más sutiles parecen haber comprendido en toda su profundidad este último aspecto genial implícito en la gesta del descubrimiento de América. En su visión premonitora y en el significado de apertura hacia nuevos horizontes planetarios, sólo lo hemos visto comprendido en el espíritu de grandes marinos y navegantes.

La navegación a través del océano —cruzar el alta mar dejando atrás las costas conocidas para alcanzar los horizontes marinos, unos tras otros, siempre repetidos, innumerables e imprecisos—abrió una nueva dimensión al hombre, a su cultura y a su historia.

En la proa de las naves de Colón, detrás de los horizontes de la Mar Océano, surcados durante sesenta días, surgió en definitiva un nuevo continente. En los años siguientes, nuevas navegaciones y descubrimientos le irán dando forma, levantando sus perfiles, dibujando su geografía y entrando en relación con la realidad de sus pueblos y de sus culturas.

Y también habrá de surgir un nuevo océano, que separe el nuevo continente de la vieja Asia milenaria. Otro océano, de dimensiones desconocidas, cuyos accesos, vientos y corrientes ignorados e inciertos tendían al espíritu nuevos y enormes desafíos.